

reiteraciones, no por advertidas expresamente como tropo, dejan de ser siempre convenientes. Al tiempo que el lenguaje hubiera debido ser más cuidado y antañón. El mensaje es oportuno tanto respecto de la crítica de la Iglesia progresista de los últimos decenios, cuanto del rechazo de los fautores de la «independencia» y de los frutos de ésta. Ahí están esos demonios del Pacífico Sur, que infestaron las tierras de Santa Rosa, y que hoy siguen actuando. Dos acotaciones marginales más. La primera, inusual, es la feroz crítica de San Martín que contiene. No sólo en Buenos Aires, tampoco en Lima, es fácil hallar juicios como los que aquí se contienen. Hecho que añade mérito y valor al libro. La segunda toca a la insistencia en un posible gran Perú independiente y monárquico, alejado pues del que de hecho nació. Ilusión que precisamente alimentó el justamente denostado San Martín.

Gracias a José Antonio Pancorvo por su contribución a un género que los defensores del orden tradicional por lo común no faenan en exceso.

Manuel ANAUT

BLANCO, Juan Carlos, *El canciller en la tormenta. Cómo viví el derrumbe político del Uruguay reciente*, Montevideo, Linnardi y Risso, 2013.

Juan Carlos Blanco (1934), diplomático uruguayo de carrera, tras haber ocupado diversos cargos como funcionario de la Organización de Estados Americanos, fue nombrado en 1971 subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, en el gobierno del presidente Pacheco Areco, y un año después ministro, ya en el gobierno del presidente Bordaberry, cargo en el que permaneció hasta 1976. Entre 1982 y 1985 fue embajador del Uruguay ante la Organización de las Naciones Unidas, senador en el período 1990-1995 y, finalmente, presidente de varios tribunales arbitrales del Mercosur de 1999 a 2002. En este último año fue procesado y acordada su pri-

sión, habiéndose sentenciado en 2012 las dos causas dirigidas contra él, con sendas condenas de 20 y 30 años de prisión, como coautor de la desaparición de la maestra Elena Quinteros y otros crímenes cometidos en el seno de la Operación Cóndor. Pero en ninguna de ambas nadie ha sido condenado como autor.

Este libro no es sólo un alegato en favor de su inocencia respecto de los cargos que le hacen sufrir prisión injusta, sino una reconstrucción de la historia reciente del Uruguay en el seno de todo el continente hispanoamericano y aun del mundo entero.

Así, comienza trazando un panorama de la situación del mundo y, en particular, del continente. Destaca de este modo que el Uruguay, que era conocido como la Suiza de América, a diferencia de la mayoría de los demás países, no reunía las condiciones que explicaran –según reconoció el propio Che Guevara– la acción de la guerrilla armada, que sin embargo llegó a partir de 1964 impulsada por la intelectualidad izquierdista (y su portavoz el semanario *Marcha*) y ejecutada por Partido Comunista y el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), según un plan que sólo se descubrió plenamente entre 1975 y 1976, y que llegó a contar con 2.500 combatientes organizados. Las Fuerzas Armadas, llamadas al efecto por el Gobierno Pacheco en 1971, por su parte sólo iniciaron una respuesta ante la ofensiva desencadenada por la guerrilla. De ahí que el canciller Blanco considere que tal atribución, amén de razonable, fuera oportuna en el tiempo: más adelante habría resultado tardía. Sin embargo, en febrero de 1973, dieron un paso más, al sostener un pulso con el presidente Bordaberry, por cierto apoyado desde la izquierda, y con el silencio del pueblo, que Blanco considera decisivo para comprender los acontecimientos que siguieron. Para empezar, claro está, los de junio del mismo año, con la disolución del Parlamento, que marcó el fracaso de la primera intervención militar, conduciendo a una segunda que «radicalizó la fractura institucional». El autor explica que desde ese febrero hasta 1976, fecha en que dimitió, tras la remoción de Bordaberry por las Fuerzas Armadas, tomó el servicio público como una «misión» al servicio del retorno al régimen normal. Así, el canciller de Bordaberry señala su discrepancia con la línea posterior de éste, pero no con la que a la sazón (incluso en junio de 1973) sostenía.

En lo que toca a su caso, protesta en primer lugar (con cierta ingenuidad) su firme y constante defensa de los derechos humanos, cuando éstos –añadimos nosotros– nacieron siempre con un sesgo unilateral y un significado revolucionario. Por eso no le ha servido de nada tal actitud a quien así se pronuncia. Mientras que, en segundo lugar, con más realismo, denuncia el origen de su persecución en «la ola de la izquierda cambiando la historia», lo que – pese a las diferencias del caso oriental con otros vecinos– explica que se le haya condenado sin prueba alguna tras un hostigamiento de más de veinte años que ha utilizado todos los resortes del Estado.

En resumen, un libro interesante de un político honrado que no ha comprendido las debilidades del sistema liberal-democrático, que sufre las consecuencias de un periodo convulso que la izquierda quiere vengar y ofrece un edificante testimonio de fe católica.

Manuel ANAUT

ABAD, Diego José de, *De Deo Deoque Homine Heroica*, introducción, traducción y edición de Mariana Calderón de Puelles, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza: Argentina, 2013.

El Centro de Edición de Textos Hispanoamericanos, nos da con éste su cuarto libro, el poema épico del jesuita mexicano Diego José de Abad *De Deo Deoque Homine Heroica*, impreso por primera vez en 1773 en Italia, refugio de buena parte de los expulsos de la Compañía.

La obra ahora editada cuenta con un breve presentación justificatoria de la elección realizada por el Centro, a la que sigue un estudio preliminar de la también traductora, la profesora Mariana Calderón de Puelles. Se explica la estructura del texto, se ofrece una breve biografía del P. Abad, se ubica la obra en el barroco americano del dieciocho, para centrarse en el análisis y la exposición del poema heroico.

Dos son los ejes del poema: uno, claramente visible, la justicia